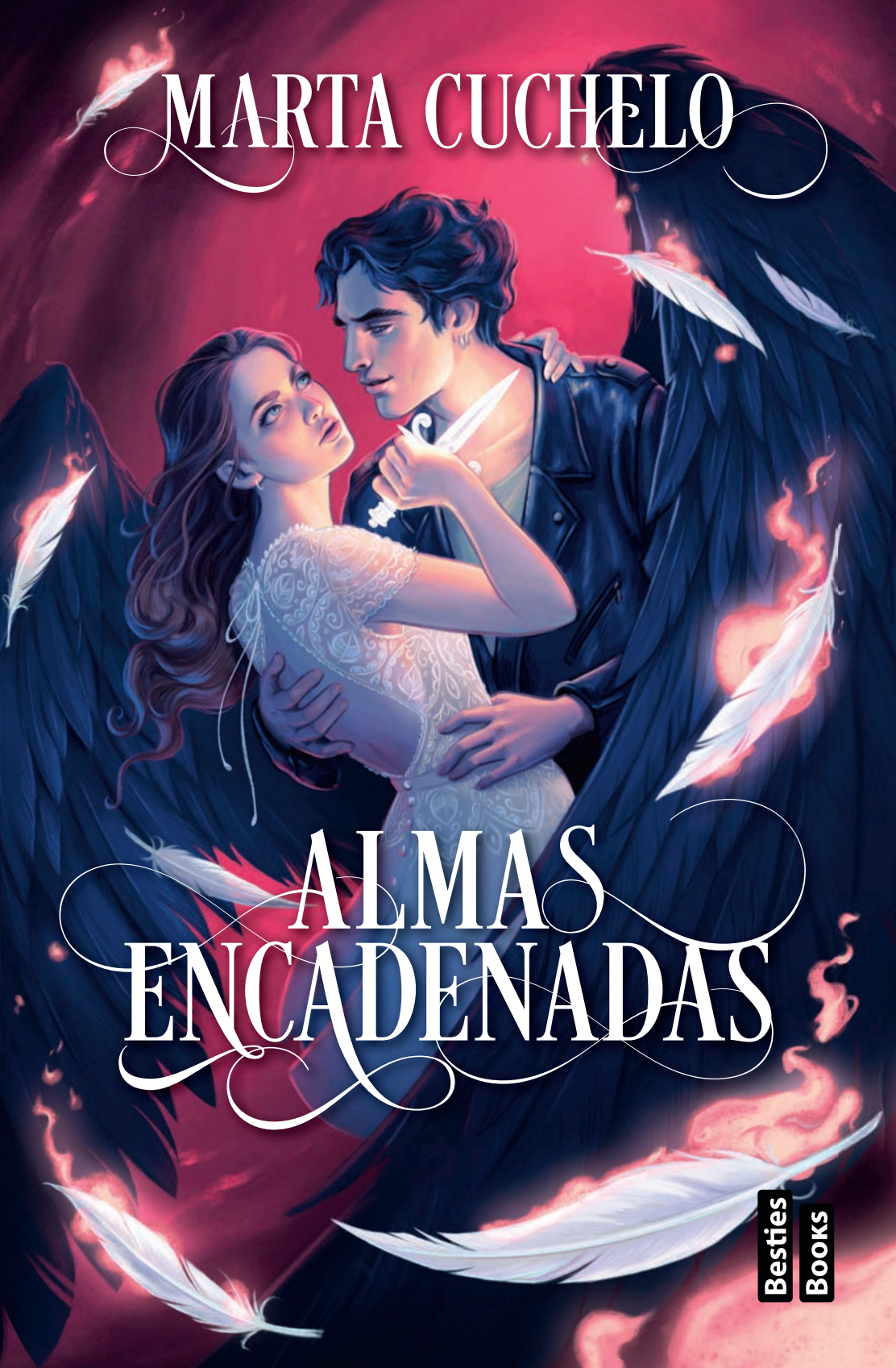
MARTA CUCHELO
ALMAS ENCADENADAS
Besties Books

Marta Cuchelo

Almas encadenadas

Besties Books

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Marta García Cuchillero, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2023
ISBN: 978-84-270-5175-1
Preimpresión: Safekat, S. L.
Depósito legal: B. 15.355-2023
Impresión: Unigraf, S. L:
Impreso en España / Printed in Spain

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

El último día

1

Sinuoso y retorcido como la culebra que escapa del frío, el pálido rayo de sol se coló entre las cortinas y se adentró en una habitación de paredes lila cubiertas de pósteres. Los había de famosos grupos de pop y rock que contrastaban con las elegantes fotografías de bailarinas de *ballet*. Sus gráciles movimientos se adivinaban a pesar de tratarse de simples imágenes estáticas, congeladas en el clímax de su danza.

El rayo serpenteó por el suelo de tarima, atravesó la alfombra morada y escaló por el edredón estampado. Su objetivo era el pie que asomaba por el borde y que se estaba quedando frío. Pero, unos instantes antes de que alcanzara su destino, el irritante ruido del despertador hizo que el pie rebotara sobre el colchón mientras de la cabecera de la cama emergía una cabellera castaña terriblemente enredada.

Eran exactamente las siete de la mañana y las mantas se agitaron mientras Rio trataba de liberarse de aquel embrollo y apagar la alarma. Cuando al fin acalló el maldito pitido, se arrastró fuera de la cama.

Lo primero que salió de su boca fue, probablemente, lo mismo que hacía eco por todo Madrid:

—Odio los lunes… —murmuró con la boca pastosa.

Logró ponerse el uniforme dando tumbos y se aseguró de escoger las medias más gruesas de su armario. Detestaba llevar falda con el frío que hacía.

Caminó al baño y se contempló en el espejo, demasiado dormida como para sentirse horrorizada ante la mata de pelo que tendría que peinar. Se inclinó sobre el lavabo y se echó agua fría en la cara en un intento por despejarse. Se frotó con tanta fuerza que, más que querer eliminar las legañas, parecía que pretendía borrar las pecas desperdigadas por su rostro.

Cuando fijó la vista de nuevo en el espejo dispuesta a peinarse, tuvo que cerrar los ojos ante el reflejo de un intenso haz de luz. Parpadeando, miró hacia arriba, a los focos del baño. Ninguno parecía apuntar al espejo. Bajó la vista de nuevo y el haz ya no estaba. Se encogió de hombros, terminó de peinarse y se recogió el pelo en una coleta.

Al entrar en la cocina, desesperada por un café, no se sorprendió al no encontrar a su madre. Sabía que Diane tenía que llegar antes al trabajo esa semana porque tenían un caso importante en el bufete de abogados. Aun así, le dejaba notas todos los días.

Para romper el silencio que tanto la incomodaba, Rio encendió la radio y se apresuró a poner en marcha la cafetera. Últimamente no dormía bien y necesitaba una buena dosis de cafeína para aguantar la jornada.

Estaba mojando una galleta en el café cuando el murmullo de la radio llamó su atención. Con dedos temblorosos, subió el volumen y escuchó conteniendo la respiración:

—… la policía ha hallado otra víctima esta madrugada. Aún es pronto para afirmarlo, pero todo apunta a que

este nuevo asesinato sigue la línea de las últimas semanas. Habrá que esperar a la autopsia, pero no se cree que puedan encontrarse indicios de la causa de muerte —recitaba el locutor—. Ninguno de los cuerpos encontrados hasta el momento presenta lesión alguna, síntomas de envenenamiento o enfermedad. Lo único que los forenses han logrado determinar es la hora aproximada de la muerte que, en todos los casos, se encuentra entre las once de la noche y las cinco de la madrugada. Con esta ya son un total de once las víctimas encontradas, dos de las cuales fueron descubiertas fuera de sus respectivas viviendas…

Riona escuchaba atentamente mientras se le iba formando un gran nudo en el estómago. Le temblaban las piernas y, de no haber estado sentada, se habría tambaleado. No era simple empatía lo que la había alterado de esa manera, sino el hecho de que aquellas muertes sin causa le resultaban terriblemente familiares. Una tragedia similar había golpeado a su familia hacía nueve años, durante el tiempo en que vivieron en una pequeña población de la costa irlandesa. Habían encontrado a su padre muerto en el interior de su casa destrozada; sin embargo, los médicos nunca pudieron dar con la causa de la muerte. Diane no tardó en abandonar el país con Riona en brazos.

La chica no conocía los detalles, pero sabía que su madre había huido de *algo*. Y lo más parecido a una respuesta que había conseguido era la historia absurda e imposible que Diane le había contado. A pesar de la incredulidad con la que Riona había escuchado el relato, le prometió a Diane que le contaría cualquier cosa anómala que le ocurriera, por insignificante que pareciera. Pero transcurrieron los años sin nada destacable y no habían vuelto a mencionar el tema. En realidad, su madre quería olvidarlo, ambas lo deseaban.

Tras repatriar el cuerpo de Adriano a España y enterrarlo, se esforzaron por tener una vida normal donde solo las noches más oscuras provocaban que resurgieron las pesadillas. Sin embargo, aquellas muertes habían desempolvado aquel extraño relato de sombras que asesinaban sin dejar rastro.

No estaba segura de cuánto tiempo había permanecido escuchando al locutor, pero cuando le echó un vistazo al reloj de pared, ya iba tarde. Apagó la radio con brusquedad, dejó en el fregadero la taza de café a medio beber y tiró la galleta mordisqueada: no se veía capaz de dar un bocado más.

Se esforzó por apartar aquellos pensamientos de su mente y corrió a su habitación para coger su mochila y salir disparada por la puerta.

Apolo, su enorme perro canela, se despidió de ella en el vestíbulo después de que le acariciara las orejas.

Para llegar a su instituto debía viajar en metro, por lo que bajó corriendo las escaleras de la estación y se resignó a entrar en uno de los vagones llenos hasta arriba de pasajeros.

Cuando al fin salió a la superficie, no tuvo más que cruzar una calle para toparse con la marabunta de estudiantes que se dirigía hacia un conjunto de tres edificios rodeado por una gran verja de hierro negro y elegante. La fachada neoclásica combinaba terrenos ajardinados con modernas instalaciones deportivas. Todo ello la convertía en una escuela de alto nivel a la que acudían hijos de empresarios, diplomáticos y otros cargos importantes. Rio asistía a ella solo gracias a la herencia de su padre, aunque habría preferido ir a un instituto público donde no llamara tanto la atención.

Sonrió ligeramente al contemplar la hora en el reloj del edificio principal: al final no había llegado tarde, aunque

le temblaban las piernas por la carrera y el escaso desayuno. Buscó a sus amigas entre la multitud, sin éxito, y decidió dirigirse directamente al aula.

Encontró a Lucía y a Silvia sentadas en sus pupitres charlando animadas. Sonrieron al verla llegar y la pusieron rápido al día. No dejaron de conversar hasta que entró el profesor. Con voz monocorde, Fernando los introdujo en las matemáticas.

Era una de las asignaturas que más se le complicaba a Rio, pero ese día estaba demasiado cansada para prestar atención. Le dolía la cabeza y sentía malestar en todo el cuerpo. Después de soportar las clases de Mates y Lengua, se desplomó sobre el libro y cerró los ojos.

—Rio, ¿estás viva? —preguntó Lucía, conteniendo la risa.

—Déjala… —dijo Silvia, que tenía la nariz en uno de los libros de misterio que tanto le gustaban.

Adormilada, Riona alzó la vista y se topó con los ojos marrones de Lucía, que la contemplaban de cerca con una sonrisilla.

—Lo siento —se disculpó—. No he dormido bien y he venido corriendo…

—Y no has desayunado —completó Silvia.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, sorprendida.

Una sonrisa de suficiencia curvó los labios de su amiga, que no dejó de contemplar las páginas tras sus gafas de montura cuadrada.

—Porque te han sonado las tripas en mitad de la clase.

Sin poder aguantar más, Lucía rompió a reír. Rio enrojeció, y trataba de esconder el rostro cuando varios compañeros se volvieron a mirarlas.

—Toma —dijo Lucía tendiéndole una bolsa de patatas fritas cuando se tranquilizó. Sin embargo, a pesar del hambre que tenía, Rio apartó el rostro y arrugó la nariz.

—Gracias, pero no creo que pueda dar un solo bocado sin vomitar.

—¿Te encuentras mal? —preguntó sorprendida su amiga y apartó de inmediato la bolsa.

—Estás pálida —intervino Silvia, que cerró el libro y se inclinó hacia ella.

Riona iba a quitarle importancia al asunto, pero sintió una punzada de dolor atravesarle la cabeza.

—La verdad, no me encuentro bien.

—Ven, te acompañaremos a Dirección para que te dejen irte a casa —decidió Silvia poniéndose en pie.

Tras conseguir el permiso que la dispensaba del resto de clases, Rio necesitó varios minutos en el baño para recuperarse. Se mojó la frente y la nuca, y bebió agua antes de sentirse lo bastante bien. Suspiró aliviada cuando al fin salió del recinto del instituto.

Atravesó una avenida atestada de gente en busca de un taxi porque solo pensar en meterse en el metro hacía que se mareara más de lo que ya estaba. Sin embargo, no había ninguno. Era sorprendente cómo se topaba con ellos a todas horas en la calle, pero no había ni rastro si los necesitaba.

Junto a una de las entradas del parque del Retiro se vio obligada a apoyarse en un murete al sentir una arcada. No llegó a vomitar, pero le llevó un par de minutos recuperarse.

Entró al parque y se sentó en el primer banco que encontró. Ahora estaba asustada. Aquello no podía tratarse de un simple virus estomacal, no cuando le dolían las articulaciones y no cesaban las punzadas en su cabeza. Lo mejor sería llamar a su madre y que fuera a recogerla. Sacó el móvil del bolsillo y no llegó a marcar porque una mano la agarró de la muñeca que sostenía el teléfono.

—¿Necesitas ayuda?

Rio alzó la mirada y se topó con el rostro de un joven alto, tal vez un par de años mayor que ella. Tenía el pelo corto y negro, su rostro era anguloso y vestía ropa oscura que adornaba con cadenas y pulseras de cuero. No se parecía en nada a los chicos de su instituto, pero no fue su aspecto lo que provocó que Riona se liberara con un enérgico tirón, sino la ira que emanaban sus ojos azules. Sin pensarlo, echó a correr por el camino de gravilla.

Sobre su abrigo comenzaron a caer gotas de agua que la mojaban poco a poco. Pronto la lluvia se hizo más intensa y le entorpeció la visión. Riona buscó refugio bajo unos árboles, se retiró el agua del rostro y entrecerró los ojos en busca del joven de negro. Solo cuando hubo comprobado que ya no la seguía, se tomó unos instantes para respirar hondo y su corazón se calmó lo bastante como para intentar esa llamada a su madre. No pudo hacerla porque se vio interrumpida de nuevo por una silueta que emergió entre los arbustos. Retrocedió asustada y miró en varias direcciones en busca de alguien que pudiera ayudarla, pero la lluvia había espantado a los pocos paseantes.

Más asustada de lo que había estado en toda su vida, tomó aire con la intención de gritar con todas sus fuerzas. Sin embargo, la voz se le quedó adherida a la garganta cuando, en lo que dura un parpadeo, se encontró con el rostro del joven a escasos centímetros del suyo. Él se llevó el dedo índice a los labios, con los ojos azules fijos en los suyos.

—No quiero que nadie nos interrumpa —susurró al tiempo que la empujaba tras el tronco de un grueso árbol. Rio luchó contra la parálisis repentina que la invadía y trató de resistirse con todas sus fuerzas, pues tenía la certeza inexplicable de que, si se adentraba entre los árboles, jamás saldría—. No me lo pongas difícil, *monstruo* —gruñó él mientras la inmovilizaba.

Riona sintió que algo frío presionaba su costado y escuchó el inconfundible clic de una pistola al retirarle el seguro. Retrocedió de un salto y su espalda chocó contra la gruesa corteza del árbol dejándola sin aire.

El cazador la miró con el ceño fruncido. Esa chica no era poderosa, apenas estaba despertando a juzgar por la vibración de su aura blanca irisada. No era importante, tampoco lo era nadie de su familia. Entonces, ¿por qué había ordenado el Tribunal su muerte? La miró dubitativo y apretó los dientes. Si habían ordenado su ejecución, solo podía significar que, si la dejaba viva, se convertiría en un enemigo temible, en un verdadero monstruo.

No debía dudar de sus motivos.

El cazador colocó suavemente, casi con mimo, la punta de su pistola sobre la sien de Rio, que no podía dejar de temblar.

—¿Por qué me miras de ese modo? —le preguntó—. Como si *yo* fuera un monstruo —soltó una carcajada— cuando aquí el único monstruo eres tú.

La joven abrió mucho los ojos. Su cerebro, embotado por el miedo, recordó algo que su mente de niña había olvidado para protegerse: ella y su madre huyendo de Irlanda en un barco rodeado de niebla. Rio seguía sin saber de qué tenía miedo Diane pero, en ese instante de lucidez, lo tuvo claro: huían de seres como él.

—No pareces saber demasiado —susurró él ante su expresión de sorpresa—. Y eres débil —dijo molesto—. Creí que serías capaz de plantarme cara, aunque fuera unos segundos, pero eres… Solo eres un polluelo. —Soltó una palabrota por lo bajo sin dejar de apuntarla—. Maldita Laura… —Dudó y se debatió unos segundos, hasta que suspiró—. Prometo no hacerte sufrir. A fin de cuentas, aún no has hecho nada.

Riona sentía el cañón frío del arma como un témpano de hielo sobre su frente cubierta de sudor. El miedo la atenazaba y le impedía moverse o articular palabra.

Lo último que vio antes de desmayarse fueron esos ojos azules, oscuros como un mar tempestuoso, y a la muerte aguardándola en sus profundidades.